

El sacrificio de Abraham

CANTO (*)

BAJO un cielo que ostenta en sus cristales
la hermosa luz de Dios y su sonrisa
derramando promesas eternas
que entre quejas de amor lleva la brisa;

Entre el aroma de fragantes flores,
puras cual de los párvulos el alma,
gozando vive célicos amores
un hombre justo en deliciosa calma.

Es su nombre Abraham, de su excelencia
promesa singular, signo profundo
de que hallará su excelsa descendencia
estrecho campo en el inmenso mundo.

(*) Premiado con un jazmín de oro en los Juegos Florales celebrados en Córdoba el 20 de Junio de 1892.

Los querubes le piden hospedaje,
los ángeles se sientan á su mesa
y cual si fuese de inmortal linaje
todo el Cielo en su dicha se interesa.

El esplendente sol desde su asiento,
mil veces fué clarísimo testigo
de que el Supremo Rey del Firmamento
habló con él como con dulce amigo.

Con él el Hacedor hizo alianza
de sus altas virtudes satisfecho
y encerró de los hombres la esperanza
en su alma noble y generoso pecho.

Dióle la pura fe firme cual roca
que en vano azota el mar si fiero brama;
puso divino néctar en su boca
y ardió de amor su espíritu en la llama.

El Dios de las batallas prepotente
le abrió del triunfo el plácido sendero,
la patriarcal corona de su frente
con el lauro adornando del guerrero.

Dióle también la mano poderosa
un hijo en el ocaso de la vida
cual pura rica perla esplendorosa
allá en remotas playas escondida.

Isac, nombre escogido entre los nombres,
tocó llevar al prodigioso hijo
y, con *risa de amor*, Dios á los hombres
en este tierno vástago bendijo.

Y el nombre del Señor reverenciando
en calma celestial feliz vivía
el padre Abraham las auras aspirando
donde la eterna bendición venía,

Y en su Isaac amadísimo miraba
cumplidas, ya sus esperanzas bellas,
al ver que en él un pueblo se encerraba
numeroso excediendo á las estrellas;

Mas el cielo de pronto abre su seno,
tiembla el sol en el éter suspendido,
en rauda ronco son retumba el trueno
y lanza el ancho mar hondo bramido.

Habló Dios, y los ángeles quedaron
en la luz abrasados de sus ojos,
y las frentes humildes inclinaron
y sumisos postráronse de hinojos.

—Abraham—dijo el Creador, y el patriarca
—Aquí estoy—le responde balbuciente,—
Rey de los Cielos, inmortal monarca
adorando tu ser omnipotente.

—Toma el hijo á quien amas con ternura—
clamó la voz del Hacedor inmenso;—
Vé al monte de Visión y ofrece pura
su sangre allí cual oloroso incienso.

La prenda de tu amor en holocausto
quiero, Abraham.—El padre dolorido
firme en su fe como en su suerte infausto
—Serás—dice—cual siempre obedecido.—

Hace un esfuerzo entonces sobrehumano,
 en la bóveda azul los ojos pone
 y á complacer al Cielo soberano
 resignado y sumiso se dispone.

Y con el alma de amarguras llena,
 mas sin perder la fe que era su egida,
 ahogando su dolor y horrible pena
 parte en busca del hijo de su vida.

—Ven, Isaac—grita,—que el Señor nos llama,
 el que es del mundo y de los astros dueño;—
 é Isaac tranquilo, que á sus padres ama
 y á Dios adora, le siguió risueño.

Y entonces de dos fámulos seguidos
 hijo y padre solícitos partieron,
 y en una misma fe y amor unidos
 al monte de Visión se dirigieron.

Abraham confuso, pálido, turbado,
 cada momento con dolor suspira
 y á su angustia cruelísima entregado
 piensa soñar y en su aflicción delira.

Va él á nublar el sol de sus amores,
 Va él á extinguir la lumbre de sus ojos,
 Va él á tornar sus aromosas flores
 en espinas y en hórridos abrojos.

Lágrimas ardorosas se desprenden
 de sus tristes pupilas eclipsadas
 que, al contemplar á Isaac, luego se encienden
 de amor lanzando vivas llamaradas.

Hondos ayes de tétrica agonía
 el paso cierran á su ronco aliento,
 con su dorada luz le ofende el día,
 con su blando arrullar le insulta el viento.

Quiere decir á Isaac su adversa suerte,
 quiere estrecharle en sus amantes brazos
 y antes que brille el fuego de la muerte
 darle su corazón hecho pedazos;

Mas le falta valor para explicarle
 el misterio que encierra el sacrificio
 y teme, con su lloro, anticiparle
 la tremenda amargura del suplicio.

Si una virtud divina no sintiera
 en su pecho de Dios enamorado,
 el varón justo y santo se rindiera,
 á su inmenso dolor, desesperado.

Pero la fe con fuerza portentosa
 del peligro inminente le liberta,
 la voluntad del Cielo poderosa
 mostrándole del bien única puerta.

Y los gemidos, con presteza ahogando,
 al Juez eterno con amor bendice
 el justo Abraham, y el alma levantando
 á su trono de luz así le dice:

—Señor inmenso, que la mar potente
 y el sol radiante de la nada hiciste,
 ante quien dobla el ángel la alta frente
 que de fuego y de nácares le diste,

Tú, que de gracias y divinos dones
con mano liberal colmas el mundo,
derramando en los tristes corazones
de la virtud el bálsamo fecundo;

Tú, que abriendo el magnífico tesoro
donde guardas tus joyas celestiales
me diste hermoso un hijo como el oro,
puro como los sueños virginales,

¿Quieres que borre el sello peregrino
con que signaste tú nuestra alianza?
¿Quieres que rompa el vaso alabastrino
donde el néctar bebí de la esperanza?

¿Y no es por él por quien irán creciendo
en la tierra mis plácidos amores
y mis hijos en número excediendo
á los fulgentes astros y á las flores?...

Mas perdona, Señor, si un desdichado
imaginó dudar sólo un momento
del inmenso poder de quien le ha dado
inteligencia y luz, alma y aliento.

Tú de la nada hiciste que saliera
el mundo con sus flores y armonía,
el sol con su dorada cabellera
y el éter con su hermosa argentería;

Tú parar puedes el gigante vuelo
del astro rey que alumbra mi existencia
y hacer que el mar se extienda por el cielo
cantando tu infinita Omnipotencia;

Tú eres mi luz, mi bien, mi amor, mi gloria;
tú no puedes querer mi desventura;
quien por tí muere alcanza la victoria,
quien sin tí vive sufre en la amargura.

Aquí tienes, Señor, la sangre mía:
arda mi corazón en esa hoguera;
cien hijos en tu altar inmolaría
y mil vidas también que yo tuviera.—

Y sumiso y humilde y resignado
Abraham, en calma, sigue su camino
á obedecer al Cielo preparado
y á cumplir dócilmente su destino.

Mas en medio del fúlgido horizonte
al fin descubren el lugar tremendo
y se acercan al pié del alto monte
hijo y padre los siervos despidiendo.

Sobre sus bellos hombros vigorosos
lleva sereno Isaac un hacecillo
de leña, y con sus dedos temblorosos
agita Abraham el hórrido cuchillo.

Así subió después á aquella cumbre
el celestial dulcísimo cordero,
llevando con dolor y pesadumbre
en sus divinos hombros el madero.

Viendo al anciano, Isaac, triste y sombrío
le dice:—Ya la leña preparada
y el fuego está; mas ¿dónde, padre mío,
la víctima que á Dios será inmolada?—

—Dios proveerá—su padre le responde,—
que en la mente de Dios está la ciencia
y á su vista inmortal nada se esconde
y brilla en toda acción su Providencia.—

Las lágrimas de Abraham cubren sus ojos
y le roban del sol la lumbre pura;
mas sumiso, postrándose de hinojos,
llega y bendice á Dios sobre la altura.

Las piedras con su lloro humedeciendo
entonces une y el altar levanta
y al noble Isaac la vista dirigiendo
quiere hablar, mas se anuda su garganta.

La voluntad del Ser Omnipotente
decir anhela al hijo tan querido,
y su pálido labio balbuciente
produce sólo funeral gemido.

Mas después, de los cielos luminosos
los ángeles palabras le trajeron
y acentos tan dolientes y angustiosos
que á las rocas del monte conmovieron.

—Tú eres, Isaac, la víctima que elige
para este puro sacrificio santo
el Dios eterno que los orbes rige:
corra tu noble sangre entre mi llanto.—

Dice, y al hijo que ardoroso amaba,
en quien cifrado su esperanza había,
en quien su hermoso porvenir miraba,
en quien su gloria terrenal tenía,

Su ilusión, su ventura, su consuelo,
la llave de oro que con alta ciencia
dióle el Señor para que abriera el Cielo
y el mundo á su escogida descendencia,

A la *risa de Dios*, al que es figura
del santo Redentor Omnipotente,
coloca en el altar y le asegura
con firme mano, con humilde frente.

Deshecho entonces siente en mil pedazos
saltar su corazón, y comprimiendo
el fatigado seno con los brazos,
preparado á matar está muriendo.

En vano treguas pide á los dolores,
dueños tiranos de su pecho fuerte,
para entregar su bien y sus amores
á la tremenda inexorable muerte.

Los ojos tiene con afán clavados
en aquel hijo á quien adora ciego,
mientras vierten sus párpados hinchados
mil lágrimas de hiel, de sangre y fuego.

Los susurros del céfiro sūave
escucha como acentos de agonía
y el blando trino con que canta el ave
cual eco triste de la tumba fría.

Ancho, fúnebre manto tenebroso
es á su vista el claro firmamento
y el rojo ardiente sol esplendoroso
un fantasma fatídico y sangriento.

En tanto el bello Isaac, firme y sereno,
el blanco cuello límpido desnuda
y el golpe aguarda de temor ageno
sin que su mente empañe negra duda.

No la muerte, que espera resignado,
le hace perder su venturosa calma,
sino el fiero dolor del padre amado
cuya amargura le destroza el alma.

Sus quejas oye, sus suspiros cuenta,
y el llanto puro de su pecho herido
el corazón del joven atormenta
como lluvia de plomo derretido.

Despide Abraham un grito formidable
que el monte y sus contornos estremece,
y armado de valor incontrastable,
con fe divina que en los riesgos crece,

El brazo adelantándose levanta
donde vibra tremendo su cuchillo,
que del humilde Isaac en la garganta
rápido vierte su siniestro brillo.

Mas entonces del Cielo la alta cumbre
en vivo fuego mágico se enciende,
y envuelto en ondas de divina lumbre
un arcángel bellissimo descende

Que, deslumbrando á Isaac, pasa ligero
mientras el padre le contempla mudo,
y entre el cuello del joven y el acero
tiende sus alas cual celeste escudo;

Y con voz cual la brisa dulce y pura,
como el trueno y el mar rauda y sonante,
el paraninfo de la eterna altura
dice vuelto al anciano su semblante:

—Nuncio soy del Señor; Abraham, detente;
Dios está de tu fe ya satisfecho
y á tus palabras sabe que obediente
te arrancas fiel el corazón del pecho.—

Embriagado de júbilo inefable
el generoso Abraham de nuevo llora
y besando la tierra deleznable
bendice á Dios y su piedad adora.

Levántase radiante de contento
y á los brazos de Isaac luego se lanza
que, muerto ya en su fe, por un portento
hora vuelve á nacer á su esperanza.

Enlazados entrambos con ternura
sus voces al Señor suben unidas,
y de delicia y celestial ventura
sus lágrimas descenden confundidas.

Bajo el regio dosel de azul y oro,
la faz velada en transparentes nubes,
himnos alzando á Dios en dulce coro
las bellas alas baten los querubes.

La eterna corte satisfecha mira,
desde el Cielo, espectáculo tan tierno,
y su derrota al ver, ardiendo en ira,
maldice y ruje el monstruo del Averno.

Las arpas de los ángeles sonoras
el ancho espacio inundan de armonía
y derraman sus vestes brilladoras
lumbre más bella que el fulgor del día.

De la tumba del sol hasta el Oriente
se extienden los suavísimos cantares
y responden con eco prepotente
el aire, el sol, los montes y los mares.

Abraham é Isaac absortos contemplaban
aquel santo concierto peregrino
y sus ojos que trémulos vagaban
del verde campo al éter cristalino.

Enredado del monte en la espesura
ven entonces un cándido cordero,
del celestial Jesús bella figura,
que dió salud al universo entero.

Y colocado en el altar hermoso
donde azucenas vierten los querubes
entre el lirio y el nardo deleitoso
subió su sangre al cielo en blancas nubes.

—En ti serán benditas las naciones—
clamó el Señor,—y en tu glorioso hijo;—
y doblaron las célicas legiones
sus himnos y su santo regocijo.

Y cual óleo celeste derramado
de la suprema misteriosa altura
del divino cordero inmaculado
bajó la sangre soberana y pura.

Santa lluvia de amor, mística fuente,
de fe, de luz, de bendición y gloria,
que de entrambos varones en la frente
puso el signo inmortal de la victoria.

Hijo y padre de nuevo se abrazaron
con profundos suspiros de alegría
y en sus senos de júbilo saltaron
Moisés, David y la nación judía.

Y sonaron las férvidas canciones
que el pueblo de Israel, santo y bendito,
en sus triunfos y horribles aficciones
supo elevar al Dios de lo infinito.

Los salmos de David y la elocuente
inspirada palabra de Isaías,
y los himnos de Débora valiente
y los trenos del triste Jeremías.

Los ecos de Moisés que, sostenido
por el brazo de Dios, venció los mares,
y de Job el acento dolorido
entre el tierno cantar de los cantares.

Y á la mente de Abraham iluminada
abre su negro seno lo futuro
sin que puedan poner á su mirada
ni el tiempo un velo ni el espacio un muro.

La escala de Jacob deslumbradora
brilla bajo los cielos entreabiertos
y eternizan la lumbre de la aurora
los ángeles de púrpura cubiertos.

La gran Jerusalem do resplandece
el Santo templo admiración del mundo

al pié del monte mágico aparece
brotando como el sol del mar profundo.

La salvadora Cruz también descuella
sobre la enhiesta cumbre levantando
su víctima al zenit y la luz bella
del astro de Justicia derramando.

Y los santos apóstoles cristianos
que siembran en la tierra paz y amores
para luego coger con puras manos
en el eterno edén cándidas flores.

Y los ídolos torpés que fenecen,
y el templo de Luzbel que se derrumba
y los genios del mal que desaparecen
hallando en el Infierno inmensa tumba.

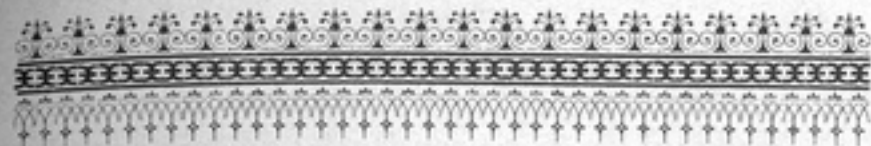
Señor, que diste á Abraham su fe divina,
su heróico esfuerzo, su obediencia santa
y la dorada lumbre peregrina
que el porvenir espléndido abriganta,

Dame también á mí la seductora
luz de la fe que á los mortales guía
y fulgure á mis ojos nueva aurora
de ventura y de paz en este día.

Yo quisiera tornar para adorarte
en un volcán de amor mi pecho ardiente,
yo quisiera tener para cantarte
la voz del huracán y del torrente.



Á la Inmaculada Concepción de María Santísima



A la Inmaculada Concepción

DE

MARÍA SANTÍSIMA

ODA

PARÁCLITO de Dios, numen divino
que corres cual espléndido torrente
en rauda torbellino,
del Padre Eterno al Hijo Omnipotente!
Que eres el beso en ámbar bañado,
el celestial suspiro perfumado
con que Dios de placer su seno inunda,
y el regalado soplo
que hasta la misma nada hace fecunda!
Dame tu inspiración, la inmensa llama
en que el profeta ardía;
el óleo de tu amor y tu armonía
sobre mi humilde espíritu derrama;

santifica este fuego que me inflama
y cantaré las glorias de María!

Quiero cantar la sin igual pureza
de la mujer á quien rendido adora
el ángel inclinando su cabeza,
que en ella ve su Reina y su Señora,
á quien el Verbo Eterno dice *Madre*,
á quien *Hija bendita* llama el padre,
á quien el Santo Espíritu enamora.

Quiso el Señor, desde su inmenso Trono,
verter la vida en fúlgidos raudales,
y de la nada oscura
sacar, cual rica perla, la criatura
para llenarla luego de alegría,
de glorias y riquezas celestiales.
De sus vívidos ojos brotó el día;
su soberano acento
bordó en hilos de luz el firmamento
colmado de bellezas y armonía;
dió delicadas formas y colores
á la grosera tierra deleznable,
y puso, con pincel inimitable,
vario matiz en las pintadas flores;
hizo rodar al sol por la ancha esfera,
de luz envuelto en fulgorosos mares,
y salpicó su espléndida carrera
con grupos mil de bellos luminares.

De la azucena con la nieve pura
y el dulce fuego de encendidas rosas
formó las bellas plantas deliciosas

de la gentil fragante primavera;
orló de aljofarada filigrana
su frente soberana,
dióla de sauces verde cabellera,
y alas leves de brisas armoniosas.
Al águila prestó rápido vuelo
y al ruiseñor dulzura peregrina,
que con los ecos de su voz divina
trasporta el alma á la región del Cielo.

En líquidos cristales
la bravura encerró del Oceano,
poniendo sólo á su poder por freno
de blanda arena el invisible grano
que aquél lanzará de su hirviente seno.
—Hagamos, dijo, al hombre,—y de su mano
salió la llama pura,
la noble y vigorosa inteligencia,
imágen del Señor, en quien fulgura
un destello inmortal de su alta ciencia,
que irradia en vaso de perfecta hechura.

Brotó después hermosa,
bañado en luz el virginal semblante,
de un mínimo fragmento
del hombre, pura, cándida, radiante
cual la temprana rosa
que rompe el verde tallo en un momento
la primera mujer, rico tesoro
de ternura, de amor, de sentimiento,
y el ángel desplegando
sobre el celeste azul sus alas de oro,
relámpagos lanzando